

DISCURSO

pronunciado por D.

**FRUET** DE  
**SAMANIEGO**

en la solemne distribucion de  
premios de  
El Liceo Católico.

QUERÉTARO.  
1890.

IMP. Y LIT. DE MIGUEL M. LAMBARRI Y C<sup>o</sup>





FONDO  
BERNANDO DIAZ RAMIREZ

LEMO: SR:

SEÑORES:

Vivimos en una época de perversión: los secuaces del error, no sólo tolerados, sino protegidos por los depositarios del poder civil, enseñan diversos sistemas que tienen de común el odio á la religión católica; y la califican de intolerante, porque no transige con el mal; de retrógrada, porque no se acuerda con el mentido progreso de que tanto alardean; y con otros términos iujuriosos, porque ni ensalza al vicio, ni proclama infalible á la razón humana. En tales circunstancias, es laudable cualquier esfuerzo á favor de la verdad, siquiera no se vea coronado por el buen éxito, y merece disculpa el que se atreve, á pesar de conocer la escasez de su instrucción y la cortedad de su ingenio, á combatir al error desde un sitio que sólo deben ocupar, como en años anteriores;



varones que á la rectitud de intención, junten vastos conocimientos y claridad de inteligencia. Estas consideraciones, el deber que me impone la gratitud y la confianza en vuestra benevolencia, me hicieron aceptar el cargo de orador, que con tanta bondad como poco acierto me ofrecieron.

Después de muchas vacilaciones, hijas del convencimiento de mi insuficiencia, elegí por tema de mi discurso la libertad de enseñanza, estrechamente relacionada con el objeto del Liceo, su existencia y sus resultados. Pero no pretendo investigar si exclusivamente compete à la Iglesia el régimen de la instrucción; sino solamente fijar el concepto de la libertad, que maliciosamente alterado, ó malamente comprendido, sirve de base al error que combato. Bien sé que, aun reducido á estos límites, el asunto de que voy á tratar es superior á mis fuerzas; pero si no lo fuera, lo consideraría indigno de llamar vuestra atención.

Libertad ó libre albedrío, según el sentir del Emmo. Sr. Cardenal González, Arzobispo de Sevilla, es la facultad que tiene el hombre de poner ó no poner actos diferentes y contra-

rios, con respecto á los bienes particulares, ó que son percibidos como tales. Facultad, decimos, y no derecho, que admitir que el hombre tiene derecho de poner actos á su antojo, es quitar su fundamento á la moralidad, destruyendo la noción del bien y del mal; es privarnos de toda esperanza en una vida mejor: el hombre irresponsable es incapaz de merecer, y es un mito la felicidad que á todos, buenos y malos, ofrecen como destino final los panegiristas del libertinaje, disfrazado con el nombre de libertad, los cuales, no contentos con corromper al mundo, intentan suprimir la justicia de Dios.

Un escritor que no puede tacharse de parcialidad por el catolicismo, el portaestandarte de la impiedad en el siglo XVIII, el *amigo* del gran Federico, en una palabra, Voltaire, en carta dirigida al príncipe heredero de Prusia, decía: Llamo libertad á la potencia que tenemos de pensar en una cosa ó no pensar en ella, de movernos ó no, según la elección de la propia inteligencia. ¡Tan grande es la fuerza de la verdad, cuando se la percibe, que ni el hombre que pretendía "derribar el sólo lo que doce Apóstoles fundaron," pudo eximirse de



rendirle alguna vez homenaje!

El buen uso de la libertad es deber impuesto al hombre por el Creador, y, por tanto, derecho que deben respetar los demás hombres; pero el mal uso, como no se ajusta á la ley divina, síntesis y base de todas las leyes que estamos obligados á observar, no puede llamarse derecho, porque le falta la condición esencial para que lo sea, la conformidad con la ley. Antes bien hemos de calificarlo de insensato desvío, que nos aleja de la Bondad Suma, último fin de nuestras facultades más nobles, el entendimiento y la voluntad.

El buen uso de la libertad, dice Bossuet, cuando se hace costumbre se llama virtud, y el mal uso, vicio. El liberalismo, doctrina propia de corazones viciados y de cabezas vacías, escepticismo encubierto, ateísmo práctico, concede al vicio fueros que sólo á la virtud pertenecen, y si está en auge, lo debe á las palabras sonoras con que encubre su maldad, que seducen á los incautos; y á la soberbia, que nos hace aceptar aquello que es ocasionado á envanecernos, ¡El orgullo y la ignorancia! He aquí los dos poderosos auxiliares, no sólo del liberalismo, si-

no de todos los errores: las causas de que el entendimiento, creado para volar en el espacio infinito que nos separa de la Verdad Suma, olvide su celeste origen, y se revuelque en la ciénaga inmunda de la mentira. Lo único que podemos oponerles con fruto, es la educación verdaderamente cristiana, la cual, á la vez que fortalece al alma, haciéndola capaz de resistir el rudo embate de las pasiones, esclarece las tinieblas de la humana inteligencia, y le da alas fortísimas para que se encumbre hasta la fuente imperecedera, de donde manan en copiosísimo raudal las cristalinas aguas propias á satisfacer las más levantadas aspiraciones de nuestras almas: la Bondad, la Verdad y la Belleza.

¡Y quieren que aceptemos las enseñanzas liberales! De una parte la luz vivísima que sin deslumbrarnos nos guía; de la otra densa obscuridad, únicamente iluminada por chispas fugaces que se extinguen al nacer. La elección no puede ser dudosa ¡Cómo preferir, señores, el incesante fluctuar del entendimiento entregado á las engañosas caricias de la duda, á la suave tranquilidad que disfruta el ánimo que reposa en brazos de la certeza?.. ¡Parece impo-



sible, y sin embargo, esta torpe preferencia es lo que constituye al liberalismo que tantos prosélitos cuenta!

Deducciones facilísimas de lo que dicho queda, con las cuales no quiero fatigar vuestra atención, nos enseñan como es esencialmente mala la libertad de enseñanza, y como debemos contrarrestarla esparciendo sin omitir sacrificio alguno, la semilla del bien, la instrucción sólida que armoniza la razón con la fe.

Y arrojan clarísima luz sobre el asunto, diversos breves y bulas pontificios, en los cuales han sido condenados, como falsas y perniciosas doctrinas, el liberalismo racionalista, el progresista y el moderado.

Pero no se puede ni se debe contar entre los adeptos al liberalismo, aunque algunos no rechacen este calificativo, á los que (sin dejar de reconocer la supremacía de la Iglesia Católica, y sin dejar de acatar sus decisiones), concediendo importante papel á la razón en todos nuestros actos, procuran analizar los hechos y las ideas, y no confundir unas épocas con otras, y sostienen que, en determinadas circunstancias, por evitar mayores males, es no solamen-

te lícito, sino obligatorio para el poder político, tolerar la libertad de cultos, de la que es consecuencia forzosa la libertad de enseñanza. Entre la impiedad que todo lo concede á la razón, y la ñoñería religiosa que pretende encadenarla, está el catolicismo, justo medio en que debemos permanecer.

Y doy gracias al cielo, señores, porque en auditorio tan numeroso como el que me escucha, no hay ninguno, y de ello tengo creencia firmísima, que no acepte mis palabras como la genuina expresión del pensamiento católico. Aunque si hubiera entre vosotros tal cual espíritu soberbio ó asustadizo, de esos que para juzgar las opiniones ajenas no tienen mas criterio que el nombre del que las emite; de los que creen, con la vista fija en pasados siglos, que el *summum* de la sabiduría consiste en resucitar gastados ideales, y en oponer al siglo XIX, torrente desbordado que lleva por doquiera la devastación y la muerte, los débiles valladares de su desaprobación y su desprecio; ó de los que, profesando el catolicismo sin entenderlo, anatematizan lo que su débil comprensión no alcanza, y son verdaderas e-



gólatras, y la ignominia de nuestra santa y sublime religión que regó la sangre de un Dios para que arraigase en la conciencia humana, religión de caridad y de dulzura, lazo de unión entre los cielos y la tierra, podría contestarles con las obras de eminentes pensadores católicos que abundan en mis ideas, entre los cuales citaré únicamente, por no cansaros, al egregio filósofo tomista, Fray Ceferino Gonzalez; al P. Mendive, continuador de las glorias jesuíticas; y al mas sabio de nuestros escritores, al que con seguro y elevado criterio ha escrito las inmortales páginas de la *Historia de los heterodoxos españoles* y de otras excelentes obras que sería prolijo enumerar, á Marcelino Menéndez y Pelayo, en fin. Si no estuviera seguro, señores, de no haber dicho nada contrario al sentir de la Sta. Iglesia nuestra madre, preferiría haber enmudecido para siempre, antes que, con justicia me lanzarais al rostro el calificativo de liberal.

Permitidme que, para concluir, traspase los límites que me habia impuesto, y exponga la norma general de conducta que, en mi opinión, debemos seguir los católicos. Todos los hom-

bres, por extraviados que se los suponga, tienen sentimientos nobles y juicios acertados, que podemos aprovechar para atraérmolos ¿Me preguntáis por qué medio? Haciendo que hieran su vista las excelencias y consuelos de nuestra religión, abandonando el trillado camino de representarla rodeada de terror, y de pintar á la virtud como estrecho y áspero sendero cubierto de punzantes abrojos, cuando en realidad es fácil y espaciosa senda esmaltada por inmortales y aromosas flores, que al ser holladas producen perfume deleitoso, que sumerge al alma que lo aspira en celestial arrobo, muy mas grato que la dulce *Sophrosyne*, suprema aspiración del arte griego.

Y no perdamos el tiempo, señores, en vanas declamaciones, cuya inutilidad nos ha enseñado rudamente la experiencia: obremos bien con la firme convicción de que la virtud y la verdad se abren paso por doquier: el liberalismo impera en todo el mundo civilizado; pero no ha de ser mas poderoso que la tiranía de los Césares, que se estrelló contra la roca inamovible, donde se asienta la Iglesia de Jesucristo.

¡Que mar de sangre en los primeros siglos



del Cristianismo! La fantasía se detiene horrorizada y absorta, atraída por la irresistible fascinación que sobre ella ejercen, los heroicos de <sup>huel</sup> innúmeros mártires, que hallaron en su espantosa y apetecible muerte, la llave que les abrió las puertas del Cielo. Y aun en medio de aquellas cruelísimas persecuciones, en aquellos tiempos en que á Nuestra Madre amorosísima, para mostrarse grande, sublime, sobrehumana, y subyugar á sus enemigos, le bastaba la esforzada mansedumbre de sus hijos, que desafiaban y sufrían tormentos no imaginados hasta entonces, no cesó de oponer á la superstición, la fe sencilla, y á la sabiduría heterodoxa, la sabiduría católica encerrada en los admirables escritos de los Apóstoles y de los primeros Padres de la Iglesia.

Han cambiado los tiempos, pero no el dogma ni el espíritu del catolicismo. La voz de su Jerarca Supremo, del representante de Dios sobre la tierra, resuena por todos los ámbitos del Orbe llamándonos á los que seguimos la enseña de la Cruz, para que riñamos nuevos combates, y alcancemos nuevas victorias. Acudamos al llamamiento: ayudemos con todas

nuestras fuerzas para que no resulte estéril el movimiento de reacción católica que se ha iniciado en varios países de Europa y América, el cual, para baldón nuestro, no ha tenido aún resonancia en nuestra Patria.

¡Ah señores! apresurémonos á secundar ese movimiento: sea nuestro constante lema todo por Dios y para Dios: sacrifiquemos nuestro bienestar en aras del bien universal; procuremos difundir el sentimiento y el saber católicos; y no olvidemos que sólo tres pueblos en el mundo pueden decirse con justo título escogidos por Dios: el pueblo de Israel, que recibió sus leyes de manos del Altísimo, que trayendo por mensajeros el rayo y el torbellino, descendió en su carro de fuego para grabar con su dedo omnipotente los sublimes preceptos del Decálogo; el pueblo español, que en no remotos tiempos, cuando la tierra no parecía bastante á contener su grandeza, supo encontrar el mas alto timbre de su gloria, paseando el lábaro triunfante del uno al otro confín del mundo, y el pueblo mejicano, pueblo especialmente distinguido por la Madre de Dios, que obró en nuestro favor el incomparable prodigio, que arran-



có de los labios de un pontífice las inspiradas  
palabras del Salmista: *Non fecit taliter omni  
nationi.*

Querétaro, Septiembre 20 de 1890.

POESIA PRONUNCIADA POR EL SR.

**J. M. CARRILLO**

EN EL MISMO ACTO.



¡Aquí estoy, juventud! nunca te olvida  
Tu rendido cantor que, aun desdichado,  
Hace brotar del arpa enronquecida  
Los himnos vibradores de la vida,  
Cuando se halla ante tí, firme y honrado.

—  
En medio de tu triunfo vengo á verte,  
Vengo á cantarte en medio de tu gloria,  
La ofrenda de mi afán vengo á traerte  
Y en mis rimas incultas á leerte  
Otra página bella de tu historia.

—  
Año por año luchas y, á mi vista,  
El lauro del honor has merecido;  
No es la victoria para ti egoista:  
Siempre ha sido la ciencia tu conquista  
Y el error miserable tu vencido.

—  
¡Cuán noble tu luchar, cuánto tu anhelo  
A la causa del bién será fecundo!  
Y cuán consolador es tu desvelo:



Tú tienes la palanca que hasta el cielo  
Aa de elevar al perturbado mundo.

—  
Porque tienes la fe que, poderosa,  
Vuela á los cielos y el espacio allana,  
Abre del alma la mansión radiosa,  
Y sorprende misterios que, orgullosa,  
Jamás penetra la razón humana.

—  
El mundo se desquicia: tres banderas  
A tres huestes conducen al combate,  
Al pié de una te encuentras, y allí esperas  
A las dos que, soberbias y altaneras,  
A la tuya preparan recio embate.

—  
Una á Cristo maldice, y en su encono,  
De la tierra pretende su arrogancia  
Quitar audáz su milenarío trono;  
Otra, con fátuo y humillante tono,  
Sólo concede á Cristo . . . *tolerancia*.

—  
Qué ciencia de las dos, qué ciencia vana:  
Filosofía sin luz, delirio insano:  
Degradación infame que engalana  
Con las dotes de bestia cuadrúmana  
De la creación al noble soberano.

—  
Desolación, tumulto y anarquía  
Es su ciencia social, inmunda feria  
De falsedad, de miedo y utopía;

Ciencia que á Dios, rebelde, desafía  
Y de hinojos se rinde á la materia.

—  
Ambas, múltiples sectas de orgullosos  
Agrupan contra el bién, y, en sus alardes,  
Las dos abortan planes tenebrosos,  
Bajo el negro pendón de los furiosos  
O el manchado pendón de los cobardes.

—  
Qué ciencia de las dos, ciencia maldita  
Que guerra al cielo en su impiedad decreta;  
Ciencia que sólo tierra necesita,  
Por Molechott con liviandad escrita,  
O enredada en absurdos por Gambetta.

—  
Tú, juventud, impávida y sencilla,  
Otra ciencia persigues afanosa;  
Ciencia que nunca la razón humilla,  
Ni ante el lodo doblega la rodilla,  
Ni es soberbia, ni cruel, ni mentirosa;

—  
Ciencia de luz que todo lo ilumina  
Y enseña la verdad con magisterio;  
Que en lo creado, plácida, domina  
Y, sin dudar y sin temer camina  
Por la región augusta del misterio;

—  
De todo y para todos, es la ciencia:  
Contra el error, grandiosa é invencible,  
Grave en el aula, clara en la conciencia,



Consoladora y tierna en la dolencia,  
Y en el hogar amena y apacible;

Toda progreso que jamás se para,  
El humano saber siempre ennoblece:  
Y, á la vez que en el solio, junto al ara,  
Al coronar un santo con la tiara,  
Revela al gran político Leon Trece;

Recorre el mundo y se detiene en Roma,  
De donde dicta soberanas leyes  
En acatado universal idioma;  
Mientras á su lado todo se desploma:  
Reinos, costumbres, códigos y reyes.

Y ella, inspirada en la verdad hermosa,  
Su inacabable duración no mide;  
Y siempre soberana y luminosa,  
Todo adelanto muestra, y, magestuosa,  
Sobre los siglos inmortal preside.

Esa es tu ciencia, juventud florida;  
Por esa ciencia galardón alcanzas:  
Ella te hace ceñir ennoblecida  
La corona del triunfo, que no olvida  
Quien tiene fe y aliento y esperanzas.

Y esperanza eres tú, grande y risueña,  
Del rico porvenir donde se esconde  
Verdad sublime que, del tiempo dueña,

Es la ilusión del que en lo bello sueña  
Y al nombre de católico responde.

Y esperanza cres tu, bella y segura,  
Que, en la flor de la edad, tiendes el vuelo,  
Conduciendo en tu mano siempre pura  
El lazo de la fe que noble augura  
La alianza de la tierra con el cielo.

Tú que en luchar por la verdad te afanas,  
Pasando del error sobre la escoria,  
El laurel al besar que en ello ganas,  
Persevera hasta el fin y honra las canas  
De los que luchan por legarte gloria;

Honra el asilo sacro y venerado  
Donde la ciencia bebes y la vida,  
Y sombra del laurel que has conquistado  
Presta al pobre cantor que, aun desdichado,  
En tus triunfos te busca y no te olvida.

*J. M. Carrillo.*

*Querétaro, Septiembre 20 de 1890.*